

A

P.R. 222. 11
F363-la

FILOSOFIA ARCANNA

LA CLAVE
DEL
GÉNESIS

por

Rogelio * * * * *
Fernández * * * * *
Güell * * * * *

* * * * * Ex-Director de
* * * la Biblioteca Nacional
* * * * * de México

Imp. de "El Imparcial" ♦ San José de Costa Rica, A. C.

1915

● ● ● FILOSOFIA ARCANA * * *

LA CLAVE
DEL
GÉNESIS

✎ POR ✎

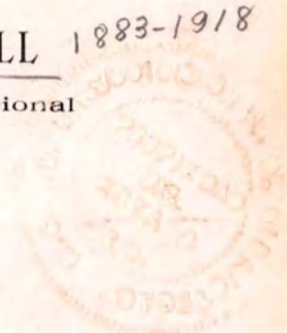
ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL 1883-1918

EX - Director de la Biblioteca Nacional
de México



San José de Costa Rica, A. C

1915





DEDICATORIA

A doña María Fernández de Tinoco.

Dignáos, señora, aceptar esta sencilla ofrenda. Como un tributo a vuestra hermosa inteligencia, alondra de luz enamorada de la belleza eterna, yo hubiera querido derrochar en este opúsculo todo el fausto y la elegancia de nuestra rica y sonora lengua, y traeros del país del ensueño, después de cruzar los siete puentes de oro y las siete puertas de diamante de la ciencia divina, la prodigiosa flor de loto, que crece a orillas del sagrado río, en los jardines de Brahma. Mirad en estas páginas mustias la expresión de ese deseo malogrado, y guardadlas cual esas florecillas que se conservan en los libros y que, aun sin alma y disecadas, exhalan una suave y nostálgica fragancia.

EL AUTOR.

San José, 15 de Marzo de 1915.





P R O E M I O

Ilustres filósofos e historiadores, comentaristas de los libros sagrados, están de acuerdo en atribuirles un sentido oculto, el cual ha sido apenas entrevisto por los modernos doctores de la sinagoga y de la iglesia.

En general, los libros sagrados de todas las religiones revisten un sentido esotérico, cuya clave únicamente poseían los grandes sacerdotes e iniciados.

Las religiones de la India y del Yrán, que florecieron miles de años antes que el Cristianismo y que influyeron notablemente en la formación de los libros sagrados de los judíos, como lo han demostrado Jacolliot, Max Muller y otros célebres orientalistas, eran simbólicas, e igualmente lo era el hermetismo, en cuyas fuentes luminosas Moisés bebió los conocimientos que aparecen en el Pentateuco, velados por esa niebla terrible que envolvió el Sinái.

En uno de los episodios de Mahabaharata, apareció el joven Arjuna, jefe de los pandavas, dirigiendo una batalla contra los príncipes de los kuhrús, y el dios Crishna, personificación del espíritu celeste, guía su carro de guerra. En este episodio se describe con lujo de detalles el aparato bélico, de manera que

el lector profano, muy poco entendido en el simbolismo arcaico, cree asistir a uno de esos combates tan frecuentes en la Ilíada o en la Odisea; pero el estudiante de ocultismo, desenredando la acción y penetrando su sentido arcano, ve en esas grandes luchas la representación de la guerra encarnizada de los principios superiores de la inteligencia contra los instintos bajos y los elementos inferiores de la naturaleza.

El lenguaje no es menos simbólico que la acción. Así, en la literatura budhista el cuerpo es "la ciudad de los siete portales" y también "la ciudad de Brahma".

La mitología griega es asimismo simbólica. Cronos, devorando piedras que él cree son sus propios hijos,—los que su cauta esposa ha puesto a salvo, es la representación del Tiempo, que devora los cuerpos y no las almas, las que están reservadas para reinar en los cielos. Minerva, diosa de la sabiduría, que surge armada de la frente de Júpiter a un martillazo de Vulcano, es la personificación excelsa de la Razón, que brota de la mente herida por el tosco y redentor martillo del dolor humano, representado por el humilde y membrudo herrero, que lucha contra la naturaleza hostil y la doma, y forja en la fragua del Etna los rayos de Júpiter.

El profundo mito del Amor y Psiquis, que inmortalizó en mármol el genial Canova, fué conocido por los filósofos antiguos, que nunca vieron en el misterioso amante otra cosa que la personificación del espíritu divino, que visita en las noches a su humilde amada, el alma humana, que no puede verle el rostro y que, cuando al fin curiosa lo descu-

bre, lo pierde para siempre, a lo menos durante la vida terrestre.

El nacimiento de Venus de la espuma del mar, la rebelión de los titanes, que amontonando peñascos intentaban escalar el cielo, la formación de la Vía Láctea de una gota de leche de Juno, los trabajos de Hércules, el suplicio de Prometeo, encadenado en la cumbre del Cáucaso, a quien un buitre le devora las entrañas, que vuelven a renacer; el castigo de Tántalo, eternamente acosado por el hambre y la sed en un lago cuyas aguas huyen de sus ardientes labios y sobre el cual se inclinan ramas cargadas de dorados frutos que se apartan de sus ávidas manos; los tormentos de Sísifo, el combate de Teseo con Minotauro, el rapto de Alceste, etc., todas estas preciosas alegorías forman el denso velo que encubre, a los ojos de los profanos, el tesoro de la ciencia religiosa de los griegos, que sólo era revelado a los grandes iniciados en los misterios órficos y pitagóricos.

Egipto era el país de los misterios. La religión de Hermes entrañaba una ciencia profunda, desconocida en absoluto por la plebe ignorante que paseaba en solemnes procesiones al buey Apis y que veneraba a los cocodrilos sagrados. En el fondo de los santuarios, los magos estudiaban los movimientos celestes y practicaban la medicina, a la par que exploraban el mundo suprasensible y llevaban a cabo portentosas experiencias como las que, según el mismo Moisés, realizaron cuando Faraon recurrió a su ciencia para repetir las maravillas ejecutadas por el profeta y legislador de los judíos.

Moisés se crió en el Palacio de Faraón, y posiblemente fué educado por los sacerdotes de Her-

mes, quienes por encima de sus caprichosas divinidades, reconocían un solo Dios, Amon-Ra, *El que Es*.

Aprovechándose de este conocimiento grandioso, Moisés lo hizo la piedra angular de la doctrina y fundó sobre él el templo de la nueva fe.

En la religión mosaica, Dios lo llena todo; no hay divinidades inferiores ni héroes ni semidioses. Los cielos son su trono, su corona el firmamento estrellado y la tierra el asiento de sus pies. Jehová es misericordioso y terrible y no reconoce dioses extraños delante de El.

Esta concepción formidable de la Divinidad no pudo ser fruto, como alega Moisés, de una revelación en el Horeb. El legislador judío debió aprenderla en los santuarios o algún gran sacerdote se la reveló bajo el cielo estrellado de Memphis, a orillas del Nilo, cuando el alma del joven neófito, como una corola palpitante, abríase estremecida a los luminosos efluvios de la filosofía.

El Dios del Horeb es una concepción filosófica, que los primitivos patriarcales hebreos (1) no hubieran alcanzado a comprender.

¿De dónde, pues, obtuvo Moisés esa idea maravillosa de la creación que desenvuelve en el Génesis, la creencia en un solo Dios y el desprecio a los ídolos de los gentiles? La revelación del Horeb tiene toda la apariencia de una fábula que Moisés refirió al pueblo hebreo para acreditar su misión.

(1) Así se lee en el Exodo. Cap. VI: "Y habló el Señor a Moysés, diciendo: "Yo, el Señor que aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob en Dios omnipotente, y mi nombre Adonai no lo manifesté a ellos".

Nótese la semejanza de este nombre *Adonai* y el de *Adonis*, el Sol, dios de los fenicios.

La idea de la unidad de Dios la adquirió sin duda el legislador hebreo en los santuarios de Egipto, donde adquirió también el conocimiento de la espiritualidad y omnipotencia del principio divino. La definición que de sí mismo da Jehová en la Biblia, es magnífica. "Ego sum qui sum", le dice a Moisés, y ordena en los mandamientos al pueblo que no haga obra de escultura ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo ni las adore ni les dé culto, y que si se le hace altar, se le haga de tierra, y en caso de que se le hiciere de piedras, que no lo hagan de piedras labradas, porque si se alzare pico sobre ellas, dicho altar quedará profanado. No puede darse mayor austeridad. El señor de la tierra y del cielo, no quiere más nombre que el inefable de *Adonai*, desdeña alojarse en templos de oro y plata y recomienda que se le hagan altares de tierra o de piedras sin labrar. "Ved que yo soy solo—dice en el Deuteronomio—y que no hay otro Dios, sino yo. Yo quitaré la vida y haré vivir; heriré y curaré y no hay quien pueda librar de mi mano. Alzaré mi mano y diré: "Viva yo para siempre".

El pueblo judío en la fecha en que Moisés vino al mundo, estaba sumido en la mayor abyección. Esclavo de los egipcios, éstos le hacían sentir con toda su fuerza la falta de la libertad, abrumándolo con toda clase de trabajos y, mirándolo con el mayor desprecio. En la construcción de las pirámides y en otras obras grandiosas del Egipto, los infelices hebreos trabajaban bajo el látigo de los sobrestantes, quienes a su vez tenían que soportar la vigilancia y los atropellos de los dignatarios de la casa de Pharaón. En tales condiciones, ni la ciencia ni las artes podían florecer entre los judíos, quienes posi-

blemente en materia de religión debieron de adoptar las creencias de sus opresores, como parece comprobarlo la fundición del becerro de oro en el desierto en memoria del buey Apis. El libertador no surgió del seno de los oprimidos; no fué uno de tantos forzados como gemían bajo los azotes de los capataces, sino que, por misteriosos designios de la Providencia, surgió de la misma casa de Pharaón. La princesa Meris o Thermsethis salvó a Moisés de las aguas y lo adoptó como hijo, y así el futuro legislador se crió y educó entre los egipcios, aprendió la ciencia sacerdotal y fué considerado como uno de los señores de la tierra. Su lengua y sus costumbres eran de un egipcio de puro linaje, y por tal lo tuvieron las hijas del sacerdote de Madián cuando él las defendió de los pastores. Mas el joven Moisés no olvidó su origen: inquirió de los ancianos de los hebreos la historia de Israel y su establecimiento en Egipto, y resolvió libertar a sus hermanos de la esclavitud, llevándolos, a través del desierto, a la tierra de promisión, de donde primitivamente habían emigrado cuando la fortuna de Joseph los incitó a poblar el país de Gessen. Moisés realizó prodigios ante Pharaón, que obligaron a este monarca a permitir la partida de los hebreos, y como hombre superior, les inculcó los principios de la religión que él había aprendido en los santuarios y les dió todo un código de leyes sustentado en la gran autoridad de Jehová, ni más ni menos como hicieron Manes en Egipto, Zoroastro en Caldea y Manú en la India.

Los libros que Moisés escribió están llenos de símbolos profundos y de brillantes alegorías, al estilo de los grandes poemas orientales, sobre todo el

Génesis, cuyo lenguaje es arcano y misterioso como ya lo han notado muchos padres de la iglesia:

He aquí ejemplos de este lenguaje:

“Y dijo el Señor a la serpiente: “Enemistades pondré entre tí y la mujer, entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás acechanzas a su calcañar”. (Cap. III, vers. 14 y 15).

“Su arco se apoyó sobre el fuerte y las prisiones de los brazos y manos de él fueron desatadas por las manos del poderoso de Jacob”. (Cap. XLIX, vers. 24).

“Las bendiciones de tu padre fueron confortadas con las bendiciones de los padres de él, hasta que viniese el deseo de los collados eternos”. (Cap. XLIX, vers. 26).

“El deseo de los collados eternos”, es decir, el Mesías, anhelo de los viejos Patriarcas o montes antiguos, como los llama en otra parte Moisés.

Toda la Biblia abunda en símbolos y alegorías. El lenguaje de los profetas era elíptico y sibilino, y sus tremendos vaticinios estaban generalmente envueltos en pavorosas y enigmáticas figuras. Job mismo no es un personaje real, sino el protagonista de un grandioso poema simbólico escrito posiblemente por algún notable filósofo durante la cautividad de Babilonia. *El cantar de los cantares* es una bellísima alegoría llena de encantadoras imágenes.

Este sentido oculto de los libros santos es generalmente admitido por los padres de la iglesia, que los han explicado desde el punto de vista de sus prejuicios de secta. Así, en el episodio de Agar e Ismael, arrojados de casa de Abraham por Sarai su mujer, han querido ver la separación de la Sinagoga y de la Iglesia, representada ésta por Isaac y

aquella por Ismael; el episodio del sacrificio de Isaac lo explican como representación del que debía sufrir el Salvador en el Monte Calvario; y *el Cantar de los Cantares*, de Salomón, ha sido interpretado como una alegoría de Cristo (el esposo) y la Iglesia (la esposa).

Este hecho me ha animado a presentar esta nueva interpretación de los principales pasajes del Génesis, sin que presuma por ello de haber averiguado la verdad de las escrituras; mas creo, sinceramente, que he entrevisto, en medio de las profundas tinieblas, un rayo de luz que puede conducirnos a un conocimiento más exacto de la ciencia religiosa de los hebreos.

Mucho lamento no poseer la lengua en que fueron escritos primitivamente estos libros, pues notables comentaristas judíos atribuyen un valor especial a las palabras, de las que dicen que entrañan un doble y aún un triple sentido. Un estudio detenido del texto original sería indudablemente de inmensa utilidad.

Ojalá no se apague este débil rayo de luz que alumbra al arcano, y él guíe los pasos de investigadores más sagaces y afortunados.





I. DE LA CREACION DEL MUNDO

He aquí el origen de todas las cosas, según el Génesis de Moisés, legislador de los judíos:

“1. En el principio, Dios creó el cielo y la tierra”.

“Con el brazo de su omnipotencia sacó el cielo y la tierra de la *nada*—dice Tertuliano—y no de materia alguna eterna como él”.

La nada absoluta es inconcebible. No se puede suponer un tiempo en que no existiera la sustancia constitutiva del Universo. Creemos, por tanto, que esa nada era una nada *objetiva* en que las cosas sólo existían en la mente del Creador.

Lao-tsé supone que al principio existía Tao, la Razón primordial, que formó el Universo de una sustancia eterna, en la cual se movía. Este mismo pensamiento se desenvuelve en los poemas del Indostán, en donde se dice que en el origen de todas las cosas, Brahma flotaba en la sustancia caótica como un huevo brillante en las aguas del Ganges

(1). Los antiguos griegos creían que, antes de que Júpiter formara el Universo, todas las cosas estaban confundidas y envueltas en tinieblas, y llamaban caos a esta confusión (2).

Moisés no habla de la nada, y por lo tanto no estamos autorizados para suponer que él fué el autor de esa teoría que pugna con la razón.

“Dios creó el cielo y la tierra”.

La interpretación literal de este versículo es que en el principio Dios creó la tierra en que vivimos con sus montes y llanos desnudos de vegetación y de animalidad, y el cielo astronómico o sea el espacio que ocupan el sol y los demás planetas y estrellas, pero vacío en absoluto y en completa oscuridad.

Analizando, sin embargo, todo el capítulo, se observa que esta interpretación es errónea, pues en el versículo 7o. se dice que Dios hizo el firmamen-

- (1) “Nada existía en el principio, ni el ser, ni el no ser, ni el cielo ni el firmamento. ¿Qué era lo que cubría todo? ¿Cuál era el receptáculo de todo? ¿Era el *agua*, el *abismo* profundo? No existía entonces la muerte ni la inmortalidad. No brillaba el día en la noche. Sólo el Uno respiraba en sí mismo sin aliento, y no había nada fuera de El. Reinaba la oscuridad en el principio, envolviéndolo todo con tinieblas, como un océano sin luz. El germen, oculto en su envoltura, salió solo por la fuerza del calor. Desde luego surgió el *deseo*, y fué la primera semilla del espíritu. Este es el vínculo que los sabios, al meditar, reconocieron en su corazón entre el ser y el no ser”.—Rig—Veda.
- (2) Al principio fué el caos, y después la tierra, con su ancho pecho, base incommovible de todos los seres, el Tártaro en el fondo de sus abismos, y el Amor, el más hermoso de los dioses inmortales”.—Hesiodo—Teogonía.

to y en el 8o., que Dios llamó a este firmamento *Cielo* y que esto ocurrió el segundo día de la creación.

Por lo tanto, el cielo que Dios creó al principio fué otro y por tal debemos entender la región o morada de los espíritus puros con sus ángeles, arcángeles y querubines, el Sariputra de los hindostanos, que Jesús llamaba el Reino de los Cielos.

La "tierra" a que se hace referencia es el universo material, el cosmos con sus muchedumbres de soles y estrellas y todo el conjunto de los seres animados, sin exceptuar al hombre.

"2. Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre el haz del abismo, y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas".

Según algunos intérpretes, la palabra hebrea *tohu* no significa precisamente desnudez, sino confusión, y traducen "un caos". Esto es, la sustancia que debía componer el universo material se encontraba en estado caótico.

"Los hebreos—dice el padre Scio—usaban la palabra *abismo* para explicar un agregado y profundidad inmensa de aguas". Las tinieblas, pues, estaban sobre el haz de esa masa caótica.

Por "aguas" debemos entender la sustancia cósmica, o sea el *akhasa* de los indostanos. Los "rosacruces" y ocultistas de la Edad Media, daban este mismo nombre a la sustancia primordial, como puede verse en las obras de Paracelso y Jacobo Boheme.

"El espíritu de Dios era llevado sobre las aguas"; es decir, se movía sobre la sustancia cósmica.

Esta interpretación nos parece absolutamente conforme con el texto hebreo, pues Dios no formó

el elemento terrestre que nosotros conocemos como agua hasta el segundo día, y el primero ya su espíritu se movía sobre las "aguas".

Los versículos 6 y 7 confirman por completo nuestra interpretación.

"6. Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas, y dividida aguas de aguas.

"7. E hizo Dios el firmamento y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y fué hecho así".

El padre Scio comenta los anteriores versículos en esta forma:

Por *aguas superiores* se debe entender las que estaban sobre el firmamento, y por *inferiores* las del mar, ríos, fuentes, lagos. . . . Pero, ¿a qué fin colocó Dios allí estas aguas? ¿Son por ventura de otra naturaleza que las de la tierra? ¿Fueron estas congeladas y consolidadas de manera que no pueda alcanzar ninguna fuerza a deshacerlas o disolverlas? Estas y otras muchas cuestiones semejantes suelen ocupar la atención y curiosidad de no pocos sabios, los cuales, después de muchas pesquisas y observaciones, no nos dicen cosa que pueda aclarar nuestras dudas, y así las omitimos todas, como ajenas del fin que nos hemos propuesto. El Señor no ha querido descubrirnos más, y nuestra mayor gloria sería reconocer y confesar nuestra ignorancia y la cortedad de nuestras luces, a vista de la profundidad de la sabiduría y designios de Dios y de las obras de su brazo omnipotente".

Se observa por lo transcrito la confusión y pereplejidad del venerable clérigo en presencia del texto bíblico.

El uso de la palabra "aguas" en el sentido esotérico por el escritor sagrado, es una prueba más de que el Génesis es un libro simbólico como el Bhagavad Gita.

"3. Y dijo Dios: Hágase la luz, y la luz fué hecha".

"4. Y vió Dios que la luz era buena. Y separó la luz de las tinieblas.

"5. Y llamó a la luz día y a las tinieblas noche".

Ha sido materia de reñidas controversias el hecho de que Dios creara el primer día la luz y hasta el cuarto día no creara el sol y las estrellas.

En efecto, después de haber creado la luz y de haberla separado de las tinieblas, el Señor se acuerda de formar las lumbreras celestes y dice: "14. Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo y separen el día y la noche, y sean para señales y tiempos y días y años.—15. Para que luzcan en el firmamento del cielo y alumbren la tierra.—16. E hizo Dios dos grandes lumbreras—continúa el texto sagrado: la lumbrera mayor para que presidiese el día y la lumbrera menor para que presidiese la noche, y las estrellas".

Confundidos los teólogos, han tratado de explicar este aparente anacronismo por medio de sutilezas que han venido a oscurecer aún más el sentido del texto. Así dice el Padre Scio:

"Entre los intérpretes, hay algunos que sienten que esta luz que alumbró en estos tres primeros días, fué un cuerpo luminoso, que pudo servir de materia para que de ella se formaran después el sol y los demás astros. Otros dicen que fué el sol, y que lo que Moisés dice de la creación del sol desde el versículo 14 es una *anacaphalosis* o recapitulación. Otros se

persuaden que la luz de estos tres primeros días fué un resplandor o luz escasa, semejante a la de la aurora o a la que experimentamos cuando el sol está cubierto de nubes. Pero, supuesto que el Espíritu Santo no ha querido decirnos otra cosa sobre éste asunto, debemos poner freno a nuestra curiosidad, y contentarnos con saber que, pues la luz era antes de la formación de estos grandes cuerpos que nos alumbran, ni el sol ni las estrellas son el principio de la luz ni hay nada luminoso por su naturaleza, y que, por el contrario, se reviste todo de esta cualidad cuando Dios lo quiere. San Gregorio Niseño entiendo por esta *luz* el elemento del fuego”.

Para el ocultista, que sabe lo que es la *luz astral*, es evidente que Dios pudo haber creado la luz antes de haber formado el sol y las estrellas.

La *luz astral* es una claridad que despide el akhasa o agasa en su grado de pureza suma y que llena todo el Universo como un océano brillante. La envoltura angélica de los espíritus superiores o *anandamayakhosa*, despide este resplandor del que sólo les es dable gozar a los clarividentes. La aureola de luz que rodeaba el cuerpo de Cristo, los rayos de luz que surgieron de la frente de Moisés en el Sinaí y el halo brillante que circundaba la cabeza de los santos, no eran más que manifestaciones de la luz astral.

Aparte de esta luz, la física moderna nos enseña que hay radiaciones en la naturaleza, como los rayos X, que escapan al ojo humano, radiaciones *negras*, por decirlo así, que atraviesan los cuerpos y mediante las cuales se operan notables fenómenos. El químico y físico inglés William Crookes, llevó a cabo algunos experimentos con un tubo de Geissler,

que le hicieron sospechar la existencia de un cuarto estado de la materia: el radiante.

Por lo tanto, bien pudo Dios crear la luz el primer día y el cuarto crear el sol y las estrellas para que iluminaran la tierra y el Universo material.

Siendo la luz creada por Dios el primer día distinta de la solar, ¿cómo debemos entender el versículo 5o. que dice: "y llamó a la luz día y a las tinieblas noche; y fué la tarde y la mañana un día?" Puesto que aún no existía el sol, no había nada que determinase las noches y los días, los cuales quedaron determinados astronómicamente cuando Dios creó la lumbrera central.

La cosmogonía de los Vedas nos habla de los días y noches de Brahma (manvantaras y pralayos) o sean enormes períodos de creación y disolución en que todas las cosas emanan del seno del dios y retornan a El. Probablemente el Día y la Noche a que se refiere el versículo 5o. del capítulo 1o. del Génesis mosaico, son reminiscencias del Día y la Noche de Brahma, lo que no tiene nada de extraordinario, si se recuerda que los Vedas son anteriores en varios siglos al Pentateuco del legislador hebreo y a la construcción de las Pirámides.

El segundo día, Dios creó el firmamento y separó las aguas de las aguas; el tercero formó los mares y los continentes y cubrió las tierras de vegetación; el cuarto formó el sol, la luna y las estrellas; el quinto creó los peces, los reptiles y las aves; el sexto creó los cuadrúpedos, y finalmente creó al hombre, como síntesis y suma de toda la creación.

Asombra pensar que, miles de años antes de Laplace, Darwin y Lamark, y cuando el conocimiento de la naturaleza debía ser muy limitado, ya

Moisés había trazado el cuadro grandioso de la creación poco más o menos como, andando los tiempos, debían trazarlo aquellos sabios. En efecto, leyendo en vez de días *épocas* o períodos, y considerando cada uno de estos períodos compuesto de millones de años, el Génesis de Moisés se ajusta extraordinariamente a las concepciones de Laplace y Darwin, basadas en descubrimientos astronómicos, geológicos y paleontológicos. Es más, en el Génesis de Moisés encontramos también el período neptuniano. Así se lee en el versículo 6 del capítulo II: “Subía de la tierra una fuente que regaba toda su superficie”.

Que no se trata de días ordinarios, pruébalo el versículo 4o. del capítulo II, en que se emplea la palabra *día* como sinónimo de época o período.

“4. Estos son los orígenes del cielo y de la tierra, cuando fueron creados en el *día* en que el Señor Dios hizo el cielo y la tierra”.

Por este *día* debe entenderse el espacio natural de los seis días de la creación.

El sistema mosaico nos revela el extraordinario progreso que había alcanzado la ciencia oculta en la época de los Pharaones y de los monarcas asirios (1). Los estudios que se han hecho últimamente

(1) Ahura—Mazda, según el Zend-Avesta, creó primero el cielo y la tierra, luego el sol y las estrellas, más tarde las plantas y los animales, y por último el hombre. Es tan semejante el Génesis al Avesta, que es difícil suponer, que el uno no es copia del otro. Los principales israelitas fueron conducidos cautivos a Babilonia por el rey asirio Nabucodonosor, quien arruinó a Jerusalem, destruyó el templo y dispersó a los moradores. La cautividad de Babilonia duró setenta años, y durante este lapso los judíos adoptaron muchas de las creencias y costumbres de sus opresores, y aun se enlazaron a ellos por medio de frecuentes matrimonios, lo que no debe maravillar,

sobre el Egipto y la Caldea no dicen que los sabios de Memphis y de Nínive no sólo conocieron la unidad de Dios, sino que comprobaron el doble movimiento de la tierra y estudiaron las revoluciones de los astros. No sin razón, pues, podría llamarse al Génesis "rayo de luz escapado de los santuarios".



pues, según dijo Achior a Holofernes, general de los asirios (Judith, capítulo V, versículo 6) el pueblo de Israel era del linaje de los caldeos. La destrucción del templo acarrecó la de los libros santos, principalmente la del Pentateuco de Moisés, que con las tablas de la ley se conservaba en el tabernáculo de la alianza. Cuando Darío tomó a Babilonia, permitió que los judíos se restablecieran a Jerusalem y reedificaran el templo. El sumo sacerdote Esdras, y Nehemías, copero del rey de los persas y de los medos, fueron los encargados de dirigir al pueblo. Esdras, que era muy entendido en la ley de Moisés, reconstituyó los libros perdidos, y los leyó ante el pueblo. Bien se advierte en estos libros la influencia asiria, lo mismo que en los poemas de Job, de Esther, Tobías y Judith. Del caldeo están tomadas la leyenda del Paraíso, la del Diluvio, la de la caída de los ángeles y otras muchas. Los nombres de los querubines, serafines, tronos y potestades, proceden generalmente del caldeo, como Miguel, Rafael, Gabriel, etc. El nombre de Asmodeo, proviene del persa *Acsmo-dacra*, el demonio de la concupiscencia. Las religiones del Egipto y de la Caldea, son originarias de la India, por lo cual puede decirse que en el hinduismo está la clave de muchos de los mitos de la Biblia.

sobre el Egipto y la Caldea no dicen que los sabios de Memphis y de Nínive no sólo conocieron la unidad de Dios, sino que comprobaron el doble movimiento de la tierra y estudiaron las revoluciones de los astros. No sin razón, pues, podría llamarse al Génesis "rayo de luz escapado de los santuarios".



pues, según dijo Achior a Holofernes, general de los asirios (Judith, capítulo V, versículo 6) el pueblo de Israel era del linaje de los caldeos. La destrucción del templo acarrió la de los libros santos, principalmente la del Pentateuco de Moisés, que con las tablas de la ley se conservaba en el tabernáculo de la alianza. Cuando Darío tomó a Babilonia, permitió que los judíos se restablecieran a Jerusalem y reedificaran el templo. El sumo sacerdote Esdras, y Nehemías, copero del rey de los persas y de los medos, fueron los encargados de dirigir al pueblo. Esdras, que era muy entendido en la ley de Moisés, reconstituyó los libros perdidos, y los leyó ante el pueblo. Bien se advierte en estos libros la influencia asiria, lo mismo que en los poemas de Job, de Esther, Tobías y Judith. Del caldeo están tomadas la leyenda del Paraíso, la del Diluvio, la de la caída de los ángeles y otras muchas. Los nombres de los querubines, serafines, tronos y potestades, proceden generalmente del caldeo, como Miguel, Rafael, Gabriel, etc. El nombre de Asmodeo, proviene del persa *Acsmo-dacva*, el demonio de la concupiscencia. Las religiones del Egipto y de la Caldea, son originarias de la India, por lo cual puede decirse que en el hinduismo está la clave de muchos de los mitos de la Biblia.





II. DE LA CREACION DEL HOMBRE

Y dijo Dios: "Hágase al hombre a nuestra imagen y semejanza, y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, sobre todas las bestias, y sobre toda la tierra.

"Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; macho y hembra los creó.

"Y bendíjolos Dios, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, sojuzgadla y tened señorío sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra".

"Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza".

Dios habla del *hombre*, es decir, del sér dual, que por su espíritu pertenece al reino de las almas y por su cuerpo al mundo material. Si el hombre es la imagen y semejanza de su creador, claro está que Dios participa también de esta doble naturaleza, y es espíritu y substancia, de manera que el universo

visible no es más que su manifestación material, que vibra armoniosamente como una lira de infinitas cuerdas a sus impulsos, y el mundo suprasensible es su manifestación espiritual, irradiando la Inteligencia Suprema, foco eterno de luz, de amor y de vida, sobre el conjunto, triple manifestación en que están comprendidas todas las cosas.

La idea vulgar de que Dios es semejante a un anciano venerable de luengas barbas, nació indudablemente de la errónea interpretación de este pasaje que simbólicamente atribuye al hombre la figura de su Creador, entendiendo por "imagen" la apariencia corporal, y no su naturaleza divina.

"Dios creó al hombre macho y hembra".

Este versículo está en plena contradicción con la fábula que se refiere en el capítulo II acerca de la creación de la mujer.

El sexto día, después de haber creado el Señor todas las cosas, y los peces, reptiles y cuadrúpedos en sus especies, géneros y sexos, crea al hombre a su imagen y semejanza, y lo crea macho y hembra.

El *Hombre* perfecto en realidad, el individuo zoológico, no es únicamente el macho, sino también la hembra. Ambos forrnan el tipo *Hombre*.

El capítulo I del Génesis abarca toda la creación, desde que Dios formó el cielo y la tierra hasta que hizo el hombre a su imagen y semejanza y estableció su predominio entre todas las cosas de este mundo. Nada, pues, falta al cuadro de la creación.

El capítulo II, en que se refiere nuevamente la creación del hombre y se cuenta el sueño de Adán, la extracción de la costilla y la formación de la mujer, y el capítulo III en que se termina la historia del Paraíso, tienen todas las apariencias de ha-

ber sido escritos durante la cautividad de Babilonia e intercalados en el texto mosaico por alguno de los compiladores de los libros santos, probablemente por Esdras, pues nótase en ambos capítulos la influencia de la religión caldea.

“Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra—dice el capítulo II—y todo el ornamento de ellos”.

“Formó, pues, el Señor Dios al Hombre del barro de la tierra e inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente”.

El padre Scio, interpretando literalmente este versículo, dice: “Fué, pues, formado el cuerpo del primer hombre de una tierra roja, cuyo color tenía alguna relación con la carne, que esto es lo que en hebreo significa el nombre de *Adam*”.

Es candorosidad suma imaginar al Todopoderoso, convertido en un alfarero vulgar, modelando un muñeco de barro rojo y soplando sobre su rostro para infundirle vida.

En último análisis, el cuerpo del hombre es tierra, y en tierra se convierte cuando muere, por lo cual bien pudo decir Shakespeare: “Muerto el César altanero, su cuerpo se transforma en tierra, y así el que llenó el mundo con su fama y trastornó los imperios, puede servir para que con un poco de su barro tape una grieta el labriego y se libere de los helados soplos del invierno”.

“Dios formó al hombre del limo de la tierra”. Esta frase sublime del escritor sagrado entraña la teoría de la transformación de las especies, pues liga al hombre, el orgulloso rey de la naturaleza, al grosero fango de donde procede la animalidad.

La ciencia nos enseña que las especies actuales no son más que transformaciones de tipos inferior-

res que se han perfeccionado mediante la ley de la evolución. La vida animal tuvo su origen en el fondo de los mares, en los lechos de los ríos y en los pantanos. Primero aparecieron los peces, luego los reptiles y las aves y por último los cuadrúpedos. El tipo *hombre* apareció a fines de la época terciaria, chato, pequeño, deforme, con el cráneo de una sola pieza, peludo como un chimpancé, ágil y feroz. Este hombre-mono moraba en las cavernas, era rudo y no tenía la menor noción del mundo espiritual (1). Con el transcurso de millares de años, el tipo primitivo se perfeccionó hasta alcanzar el ideal de belleza de la raza caucásica. Esta evolución no ha terminado, sino que continúa realizándose. El hombre futuro, el super-hombre del año cien mil, deferirá de nosotros, física e intelectualmente, tanto como diferimos nosotros del hombre de las cavernas.

El escritor sagrado, al proclamar que el hombre procede de la tierra, enseña al mundo una de las verdades más trascendentales.

“E inspiró el Señor en su rostro soplo de vida”. —dice el Génesis—y fué hecho el hombre en ánima viviente”.

Por medio de esta expresión figurada, la Biblia representa aquí la unión del espíritu a la materia. El soplo vital que Dios derrama sobre el rostro del hombre, no es otra cosa que el espíritu. Dios exhala su propio aliento sobre la faz del hombre y le infunde la vida. El espíritu es, pues, el purísimo aliento de la Divinidad. No puede darse figura más hermosa para expresar la íntima relación que existe entre el Creador y sus criaturas.

(1) *El pithecanthropus erectus, alalus*. Su osamenta fué descubierta en la isla de Java por Eugenio Dubois.



III. EL PARAISO TERRENAL

Una preciosa leyenda de la India, nos refiere que Dios creó un jardín de delicias en la isla de Ceylán, que entonces estaba unida al Continente por una angostura de rocas. Allí colocó a Adimo, el primer hombre, y a Heva, la primera mujer, diciéndoles: "De todas las cosas que hay en este jardín gozaréis; mas cuidado de no salir de sus términos, pues si pusiéreis el pie en el continente, no podréis regresar y os sobrevendrán muchas calamidades a causa de vuestra desobediencia". Esto dijo el Señor, y Adimo y Heva gozaron de aquel jardín de delicias, hasta que la curiosidad los perdió. Una vez que se paseaban cerca de la angostura de rocas que formaba como un puente entre Ceylán y la tierra firme, Adimo dijo a su compañera: "Pasemos al otro lado. ¿Qué mal nos puede sobrevenir por ello?" Heva se opuso al principio, recordando el mandato del Señor, pero como Adimo se obstinara, cedió, y así la mujer pecó por amor al compañero que Dios le

había dado. No bien cruzaron la angostura, la faja de tierra que unía a Ceylán al continente, se hundió con estrépito espantoso, Adimo y Heva no pudieron regresar, y con dolor inmenso recordaron las palabras del Señor. La tierra en que se encontraban era estéril y llena de zarzas, y horribles alimañas la habitaban. ¡Cuán diferente de aquel paraíso cuyos ríos manaban leche y miel, lleno de fragantes flores y de nectáreas frutas, donde la vida trascurría apaciblemente, en medio de los esplendores de la vegetación más lujuriosa y los cantos armoniosos de los pájaros de plumajes de oro y esmeralda! Y el Señor dijo a Adimo: "Por tu culpa has perdido el paraíso. En esta tierra morarás, trabajando incesantemente para que te produzca los frutos que antes recogías con sólo tender la mano, hasta que purgues tu pecado y regreses a mi seno". Y dijo a Heva: "Tú, que has pecado por amor a tu marido, participarás de su suerte. El será tu Señor, y como él regresarás a mi seno". Y Adimo y Heva se construyeron una choza, labraron la tierra, apacentaron ganados, y tuvieron varios hijos.

Aún se enseña a los viajeros que van a Ceylán un pico que avanza hacia el mar y desde el cual es fama que Adimo contemplaba el continente.

Es el pico de Adam.

Esta leyenda, que no es más que una alegoría, como todas las leyendas que se refieren en los libros sagrados del Hindostán, emigrando a la Mesopotamia, posiblemente inspiró la leyenda hebrea del paraíso terrenal.

He aquí esta leyenda, conforme el texto bíblico:

"8. Y había plantado el Señor Dios un paraíso de deleite (1) desde el principio, en que puso el hombre que había formado.

"9. Y produjo el Señor Dios de la tierra todo árbol hermoso a la vista y suave para comer; el árbol también de la vida, en medio del paraíso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal.

"10. Y salía un río del lugar del deleite para regar el paraíso, el cual desde allí se reparte en cuatro cabezas.

"11. El nombre del uno, Phison. Este es el que cerca toda la tierra de Havilath, en donde nace el oro.

"12. Y el oro de aquella tierra es muy bueno; allí se encuentra bdelio y piedra cornerina.

"13. Y el nombre del segundo río, Gehon. Este es el que cerca toda la tierra de Ethiopia.

"14. Y el nombre del tercer río, Tigris. Este corre hacia los asirios. Y el cuarto río es el Euphrates. (2)

"15. Tomó, pues, el Señor Dios al hombre, y púsole en el paraíso del deleite, para que lo labrase y guardase.

"16. Y mandóle diciendo: De todo árbol del paraíso comerás.

(1) Un huerto en Hedén al oriente, dice el hebreo. *Paraíso* es una palabra de origen caldeo, que significa jardín.

(2) Indudablemente se trata de una alegoría, pues ningún río de la Mesopotamia se divide en cuatro cabezas y menos circunda la tierra de Ethiopia, que está regada por el Nilo. El Phison posiblemente sería el Indo, que con el Nilo, el Eufrates y el Tigris, forma los cuatro grandes ríos conocidos por los primitivos hebreos, y como las fuentes de todos ellos eran desconocidas, nada tiene de extraordinario que el historiador sagrado coloque su origen común en el paraíso de deleite. Mas, repetimos, se trata de una alegoría, y de este parecer son Philon y Orígenes.